

4. "¡La paz esté con vosotros!"

"Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros»". (Jn 20,19).

Este versículo basta para hacernos comprender que la paz en nosotros, entre nosotros, en el mundo entero, es el don del Resucitado, el don que Él ya ha pagado con su pasión y muerte en la Cruz. La paz es el corazón de la verdad que Cristo nos dice y nos da. Jesús resucitado se hace presente en medio de los discípulos para decirles: "¡La paz esté con vosotros!". La paz es el jugo de la palabra que Cristo nos dice, de la Palabra que Cristo, Palabra de Dios, expresa en medio de nosotros, el jugo del Evangelio. Y Cristo nos dice su paz en el soplo del Espíritu: "Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo»" (Jn 20,22). Y después de este soplo, Jesús da a los discípulos la misión del perdón de los pecados, el ministerio de la reconciliación: "a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos". (20,23)

Todo se da a la Iglesia para que podamos vivir en una comunión fraterna en la que Jesús está presente y nos habla, dándonos la paz en la reconciliación que es más fuerte que el pecado de cada uno, más fuerte que nuestras divisiones, una reconciliación que nos libera del pecado para vivir en la comunión del amor, don del Espíritu del Resucitado, el Espíritu del Padre.

Comprendemos, pues, que cuando san Benito instituye la vida monástica pidiéndonos que busquemos la paz y la persigamos, en realidad no nos está pidiendo otra cosa que busquemos a Cristo muerto y resucitado por nosotros y que lo sigamos en su amor, vivificados y siempre reanimados por el soplo del Espíritu Santo.

Ya no podemos buscar la paz sin buscar a Jesucristo, ni perseguirla sin seguirle. Cuando nos falta la paz en nuestro interior o entre nosotros –¡y debemos admitir que a menudo nos falta!–, la verdadera pregunta que debemos hacernos es cómo podemos volver a una relación más intensa con el Señor, a un reconocimiento más intenso de su presencia, a una escucha más intensa de su palabra. San Benito organiza toda la vida monástica al servicio de esto, para ayudar a cada uno de nosotros y ayudar a las comunidades a vivir en todo y siempre esta intensidad de relación con el Señor que, presente en medio de nosotros, nos dice: "¡La paz esté con vosotros!".

Fundamentalmente, se trata de orar, de cultivar en el corazón y en la comunidad una oración que viva esta relación intensa con Cristo.

En el Ángelus del 21 de enero de 2024, el Papa Francisco abrió el año de la oración en preparación del Jubileo de 2025 pidiendo, precisamente, "intensificar la oración para prepararnos a vivir bien este acontecimiento de gracia y experimentar la fuerza de la esperanza de Dios."

¿Qué significa eso de intensificar la oración? Comprendemos que lo necesitamos, pero a menudo reducimos la intensidad a la *cantidad* y no a la *calidad* de la oración. En el fondo, toda la tradición monástica quiere cultivar en nosotros la intensidad de la oración para que, como una llama, la transmitamos al mundo.

Durante esta última Cuaresma, medité a menudo sobre una palabra del relato de la Pasión según Lucas, donde se dice que Jesús, “En medio de su angustia [es decir, en la agonía], oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre” (Lc 22,44). Me preguntaba qué significaba para Jesús orar más intensamente. El término griego utilizado aquí es *ektenesteron*, que significa 'más intensamente; con más tensión'. Me hizo pensar en lo que Benito nos pide al comienzo de la Regla: implorar al Señor que lleve a término nuestra vocación con una oración muy insistente e intensa: “*instantissima oratione*” (RB Prol. 4).

Jesús acababa de decir a los apóstoles que lo habían seguido a Getsemaní: “Orad para no caer en tentación” (Lc 22,40). Poco después de que la sangre empezara a supurar y a gotear hasta el suelo, se dirigió a los tres discípulos elegidos para permanecer junto a Él y, al encontrarlos dormidos, los despertó diciéndoles: “¡Levantaos y orad, para no caer en tentación!” (Lc 22,46).

Jesús habría querido que los discípulos compartieran la intensidad de su oración. No tanto porque Él lo necesitara, sino por su propio bien, para que no entraran en tentación, o mejor: para que no entraran en tentación solos, sin el apoyo de Dios, sin encomendarse al Padre como había hecho Jesús, recibiendo del Padre el consuelo, la fuerza y la paz para soportar la Pasión y morir en la Cruz. Es impresionante la paz con la que Jesús salió de la oración en Getsemaní, a pesar de que lo peor estaba por llegar. Pero ya había recibido del Padre el don de la paz profunda, en la entrega obediente y confiada a su voluntad.

La intensidad de la oración no nos pide cualidades o fuerzas especiales, sino simplemente que pongamos en la oración el deseo, la necesidad que arde en nuestro corazón pero que a menudo sofocamos por pereza, negligencia o porque estamos distraídos con mil otras cosas. La intensidad de la oración es una cuestión de conciencia de quiénes somos y quién es el Señor, es una cuestión relacional. La oración se hace intensa si en ella nos situamos de verdad, tal como somos, con todas las personas, amigas o enemigas, que forman parte de nuestra vida, y si nos situamos ante Dios, ante un Dios que está presente y nos espera y escucha siempre, como el Padre escuchó siempre a Jesús.

Estamos llamados a orar como Jesús ante la tumba de Lázaro: “Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado».” (Jn 11,41-42) No lo dijo sólo para que creyéramos, sino para que oráramos como Él, para que creyéramos orando y oráramos creyendo, es decir, entrando en la intensidad de su relación de amor con el Padre, pero también en la intensidad de su relación con los demás, como fue su relación de amistad con Lázaro, Marta y María.

Sin la oración intensa de Jesús, no podemos seguirle en la vocación y misión que nos confía, sea cual sea; sin esta oración, no podemos convertirnos en instrumentos de la Redención, en heraldos de su Evangelio y del Reino de Dios. Sin esta oración intensa de Jesús, no podemos ser artífices de paz.

El modo en que San Benito pide a la comunidad que acoja a todos los huéspedes que llegan al monasterio es esclarecedor: “Lo primero que harán es orar juntos, y así darse mutuamente el abrazo de la paz. Este ósculo de paz no debe darse sino después de haber orado, para evitar los engaños diabólicos”. (RB 53,4-5)

También aquí, sólo en la verdad podemos estar verdaderamente unidos, pero la verdad que no divide es una paz pedida a Dios, es una comunión fraterna que debemos pedir al Señor, acogiendo siempre a Cristo para que nos diga en cada encuentro y ocasión: “¡La paz esté con vosotros!”.

Incluso a los hermanos de la misma comunidad, san Benito pide que revivan constantemente este tipo de acogida que reclama la verdadera paz entre nosotros. En el capítulo 4 de la Regla nos exhorta a “no dar paz fingida” (RB 4,25).

Ciertamente piensa sobre todo en el beso de paz antes de la comunión eucarística (cf. 63,4), pero quiere también que esta verdad en el intercambio de la paz reine siempre en nuestras relaciones, así como la comunión de vida y de corazones que recibimos sacramentalmente en la Eucaristía. En todo se nos pide que no creamos que podemos vivir en paz fraterna sin pedírsela a Cristo y recibirla de Él.